

# EL AGUA DE ABAJO JUAN LEONEL GIRALDO\*

RANDOM HOUSE, BOGOTÁ, 2019, 347 P.

Ernesto Mächler Tobar<sup>1</sup>

\* **Cómo citar esta reseña:** Mächler Tobar, E. (2021). Reseña del libro *El agua de debajo* de Juan Leonel Giraldo. *Estudios de Literatura Colombiana* 48, pp. 319-323. DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n48a21>

<sup>1</sup> <https://orcid.org/0000-0001-8978-3862>  
[ernesto.machler@u-picardie.fr](mailto:ernesto.machler@u-picardie.fr)  
Université de Picardie Jules Verne, France

Si tal y como afirma Buffon, “*Le style est l’homme même*”, Juan Leonel Giraldo es una prueba patente e innegable de ello. En Colombia y en el mundo varios ejemplos de delicada mezcla de periodismo y de literatura han dado pruebas de la validez de este género en el ámbito de las letras. El italiano Claudio Magris, en su recopilación *La historia no ha terminado*, afirma que el trabajo periodístico “es una creativa y a veces hasta peligrosamente compleja escuela de entrenamiento para el buen combate”. Entiéndase, una suerte de lucha kafkiana para plasmar un verosímil reflejo de la realidad. En alguna ocasión, Giraldo se definió como un impostor del periodismo, puesto que considera esta etiqueta asfixiante. Todas lo son. No obstante, Joseph Kessel sostiene: “Cuando habla el talento, no hay ni periodistas ni novelistas. Hay escritores”. Este nuevo libro es pues muestra de la calidad de un autor en toda la complejidad y madurez de la palabra.

Giraldo siempre ha alabado el diestro estilo de Alberto Lleras, por ejemplo, aunque no sus con-  
tubernios con el poder. Sin duda alguna se sitúa en la misma línea que Hernando Téllez, Eduardo Zalamea Borda, Gabriel García Márquez, Germán Santamaría y Juan José Hoyos, para no citar

**Editores:** Andrés Vergara Aguirre, Christian Benavides Martínez, Valentina Noreña Gómez

**Recibido:** 15.08.2020

**Aprobado:** 09.11.2020

**Publicado:** 18.12.2020

**Copyright:** ©2021 *Estudios de Literatura Colombiana*. Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la [Licencia Creative Commons Atribución – No comercial – Compartir igual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)



sino algunos ejemplos colombianos de los cuales es consciente, y con quienes se ha codeado debido a su amplia experiencia en el mundo editorial. Es un autor que publica poco (la modestia lo hace guardarse oculto), como si la destilación de su prosa conllevara al mismo tiempo un añejamiento para alcanzar ese preciso punto donde alcohol y fragancia adquieren con propiedad la denominación de *Armagnac*. En *El agua de abajo*, título tomado de Bertolt Brecht, el escritor se desempeña cual un ventrílocuo. En gotas concentradas que le otorgan voz a un desconocido permite que se haga concreto un testimonio del otro, del mundo de los de abajo, de la sal de la tierra. Transmite el discurso de los condenados al silencio por el establecimiento, e ilumina el rostro de aquellos de los cuales es imposible no sentirse orgulloso compatriota. El libro busca entonces sacar a la luz aquellos seres que Jaime Buitrago (1904-1963), el inmerecidamente olvidado novelista, llamaba “los proletarios de las olas”, y sobre quien Giraldo escribió, como si escribiera sobre sí mismo: “se alegraba de encontrar en los playones salvajes a humildes seres a los que había que respetar y ensalzar”. No solamente constituyen el músculo de carbón gracias al cual progresa la nación, sino uno de sus tesoros más valiosos. Sin esa sal se extravasaría la sangre de la humanidad, no sería posible la vida. Esa espuma de la tierra la mostraron John Reed en sus reportajes, Joris Ivens en sus documentales, John Berger en sus textos, Truman Capote en sus crónicas y Oscar Lewis en sus testimonios. Más cerca de nosotros, Germán Castro Caycedo en su indispensable *Colombia amarga* (1983), por ejemplo.

El libro lo conforman 25 retratos escritos entre 1975 y 2001, completados para esta publicación, que giran como electrones enriquecidos alrededor de un vasto núcleo llamado Colombia. Son resultado de solidaria mano tendida, donde la empatía se pelea con la comprensión, sin dejar por fuera la ternura: 5 mujeres comprometidas (la alfarera María Otilia, una extractora guajira de sal, una bailadora de cumbia de cien años, Lila Cuéllar y su discoteca personal en Cali, y Zuleida, niña chocona de trece años, quizá el más logrado de sus textos), 15 hombres excepcionales y 5 retratos que conciernen un pueblo o una etnia (Chocó, Sucre, Pijaos). Giraldo sabe escuchar atentamente las historias y respetar las particularidades gramaticales y lexicales de los ‘sin voz’, interpretar los silencios y comprender otras formas del diálogo que a veces se construye “con los profundos sonidos guturales de ese pájaro nocturno que llevan los viejos en el pecho” (p. 223). Después, como a la tos, les permite la libertad de retornar modestos a la “opalescencia de la penumbra” (p. 15) que define su cotidiano.

La identidad individual es vista como algo evanescente que puede con presteza pasar al olvido; la colectiva, encarnada en cada uno de sus personajes, permanece como huella indeleble. Tal vez le ayude su experiencia de crítico de cine: capturar la esencia que posee lo efímero de la imagen. Si bien “ninguno de sus personajes cayó abatido por las balas de sus enemigos, ninguno formó parte de una gesta memorable. Entre ellos no hay héroes épicos ni padres fundadores”, como escribe Enrique Pulecio (*El Tiempo*, 13 noviembre 2019), estas crónicas periodísticas ofrecen del país una imagen tan precisa como la que presenta un frío y certero escáner. Muestra la carcoma y la enfermedad, no la juzga ni propone soluciones, pero exige el reconocimiento para quienes empujan la rueda.

En un país que se define como multicultural y pluriétnico (pregones de la Constitución de 1991), *El agua de abajo* surge como homenaje honesto y modesto, pero generoso, de quien sabe apreciar en su justo valor la contribución de los desarraigados a la historia nacional, a la construcción de nuestra identidad. Es una memoria de la Colombia que desaparece con violenta velocidad en este mundo globalizado a ultranza, como desaparecen los contadores de cuentos de San Juan de Micay con la llegada de las plantas eléctricas y las estaciones de radio (p. 127). En boca de un leñador se encuentra un excelente resumen:

A nuestras costas están llegando gentes extrañas con ofrecimientos extraños. Semillas de palma africana y de coca para que dejemos de sembrar maíz y arroz, motores fuera de borda para que dejemos los remos, botes de fibra de vidrio para que dejemos las canoas de madera, motosierras para que dejemos el machete, motobombas y retroexcavadoras para que dejemos la batea (p. 118).

Así se estructura la dependencia, tan alabada por quienes toman las decisiones: más fácil es copiar que generar. Giraldo no es en absoluto un ingenuo paseísta ni un apuntalado soporte de la *cultura de la pobreza*; sencillamente se enfrenta al olvido de ese pasado fecundo donde se nutrió nuestra actual cotidianidad. Al rescatarlo critica acerbamente la carencia de un cuestionamiento de las razones históricas que han hecho brotar una forma de contrapoder o de poder paralelo con precisas leyes y costumbres. Urde una historia no oficial de aquella realidad, pues como rememora con malicia uno de sus personajes, “la historia de Colombia es la historia más mentirosa que puede haber, porque a ella le faltan las páginas más brillantes, que fueron sucedidas en estas tierras” (p. 175). Con sus evocaciones elabora una cartografía de esas regiones periféricas y perdidas, completamente ignoradas por un gobierno cen-

tral que no las recuerda sino en período electoral, aunque reiterativamente se declare conformado por muchas etnias y culturas. Colombia es una nación que grita su mestizaje y su mulataje, que ha sido nutrida por “sucesivas generaciones de indígenas y de campesinos condenadas para siempre a pagar diezmos y tributos” (p. 64), y a trabajar para sostener boyante a una clase privilegiada, aquella conformada por las “hienas y tigres”, “águilas y cerdos”, que evoca el poema de Brecht. De ahí que los Cristos y las Vírgenes de María Otilia, la afamada alfarera de Ráquira de tan lamentada desaparición, lleven sombrero y ruana como cualquier labriego boyacense. Al llegar la oscuridad, paradójico momento de reposo, estos personajes del día a día y desconocedores de la tranquilidad de llegar al final de mes con sus economías, sienten “cómo los afanes del día siguiente abren una tronera de sobresaltos en sus entrañas” (p. 254).

El libro es tallado con la exquisita precisión que requiere el destellar de las esmeraldas de Muzo: con la truculenta delicadeza del artesano de filigrana que combate un sol inmisericordioso elaborando pescaditos de oro en Monpox (“El tejedor del oro”, pp. 325-344), con la paciencia de quien aprende la maestría del manejo del trompo (“¡Báileme este trompo en l’uña!”, pp. 105-112). Sucre es visto como un pueblo mágico que oscila entre la polvareda de las sequías y el lodazal del verano, cual si fuera en realidad mera evocación del seno materno en el que se nutrió el mundo garciamarquiano (“El pueblo mágico de un gran novelista”, pp. 237-240 y “El polvo y el lodo”, pp. 241-245). Desconocido testigo de la historia y nativo de la isla de San Andrés, Celso Fernando Gordon McNish, “El marinero que fue a la guerra de Sandino y a la guerra contra el Perú” (pp. 306-324), presenta valiosas e interesantes semejanzas, por igual históricas y circunstanciales, con el Jerarca John Brown que entrevistaron tanto Pedro Gómez Valderrama como Joaquín Molano Campuzano.

Sus retratos están henchidos con la misma sensibilidad y certeza a las que nos tenía acostumbrados desde su evocación de “Los viudos de San Francisco”, en su lúcido diario de viaje por una América central que se debate entre las garras del oso y las uñas del águila, *Centroamérica entre dos fuegos* (Norma, 1984). El primer texto de este nuevo opus, “Puerto Plátano” (pp. 13-25), está configurado con una estructura similar a la que emplea el libro total: personajes anónimos que llegan a rehacer por cien efímeros días un pueblo cuya existencia depende de la subienda de pescado en el río Magdalena. Pasada esta, el pueblo es desmontado y arrojado a la corriente mientras los desconocidos retornan a su anonimato. Los proyectores concentran sus

haces luminosos sobre uno de los ‘invisibles’ que, apenas quince minutos después y para utilizar la fórmula de Andy Warhol, correrá el riesgo de desaparecer en la nube inabarcable e imprecisa del internet de nuestros días, si no fuese por esta obra y otras de su misma valía, opuestas a esta realidad líquida tan bien analizada por Zygmunt Bauman. ¿Quién hace la historia: Bolívar, Rondón o ese soldado campesino medio desnudo que cayó atravesado por un sable sobre el puente del río Teatinos? Esa historia oficial la escriben los herederos de Santander y Mosquera, no los hermanos del conscripto. ¿Cómo lograr que el lector se compenetre con el anónimo personaje?

El abre bocas del libro son las palabras “De este lado del río”, léase, el río Grande de la Magdalena, y el cierre lo ofrece una viñeta con la filigrana dorada de la isla de Mompox. El escritor Juan Leonel Giraldo otea minuciosamente los vaivenes de este río caprichoso desde hace algunos años; lo considera tal vez como la carótida o la femoral que permite una lectura de nuestro país desde un ángulo novedoso: el interior. Sobre el agua de este eje central, en el cual ha navegado gran parte de la historia de Colombia, se reflejan las páginas de su próxima y cercana obra.